

Presentadora y moderadora de la Ponencia: D^a M^a Rosa de la Cierva y de Hoces,

Consejera del Consejo Escolar del Estado por el Grupo de Personalidades de Reconocido Prestigio

CONTENIDOS

S ^a DE LA CIERVA Y DE HOCES:	2
ALGUNAS CLAVES PSICOLÓGICAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA CONVIVENCIA ESCOLAR	3
1. ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?	4
Sociedad permisiva.	4
Cultura del presentismo	5
Exaltación de la violencia	5
Cambio de paradigma educativo	6
2. ¿QUÉ PODEMOS HACER PARA CONSTRUIR LA CONVIVENCIA?	7
El profesor	8
Conocimiento	8
Eficiencia	9
Carácter	9
El alumno	11
Demora de la gratificación	11
Empatía	11
Control emocional	12
Los contenidos	13
Contexto escolar	15
El claustro de profesores	15
Referencias	16

S^a DE LA CIERVA Y DE HOCES:

Buenos días.

Iniciamos este segundo día de nuestro seminario sobre convivencia en los centros escolares como factor de calidad, con el deseo de aprender o de mejorar en el proceso de construcción de la convivencia, algo que exige que todos pongamos algo de nuestra parte.

Después del gran día que tuvimos ayer, la presentación del seminario por nuestro presidente, don Alfredo Mayorga, la ponencia de doña Adela Cortina, "*El vigor de los valores morales para la convivencia*" y la ponencia de don Miguel Martínez Martín, "*Aprendizaje, convivencia y pluralismo*", la ponencia de hoy –tras la cual habrá una Mesa Redonda-, tiene como tema el de "*las claves psicológicas de la convivencia escolar*", a cargo del Profesor don Jesús Beltrán.

Es un privilegio para el Consejo Escolar del Estado y para todos los que estamos aquí presentes el hecho de poder contar con un ponente de la categoría humana y científica de don **Jesús Beltrán**, para hablarnos, desde el conocimiento y la experiencia, de esas *claves psicológicas de la convivencia escolar* tan fundamentales. Presentar al Profesor Beltrán recordando todo su curriculum duplicaría el tiempo de la conferencia, y no me parece que eso sea bueno, por tanto, me voy a limitar a hacerles una síntesis muy sintética.

No cabe duda de que nuestro conferenciante, don Jesús, sabe de psicología todo lo que se puede saber, incluso más. Desde 1971 está desempeñando su hermosísima labor de *profesor de psicología en la acción educativa*. Reparte sus cargos académicos en dos universidades: la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de Murcia. Ahora mismo es Catedrático de Psicología de la Educación de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense.

Por otra parte, ha desempeñado una serie de cargos importantes –hasta quince tengo reseñados en su curriculum- siempre relacionados con la psicología. Destaco sólo algunos: Ha sido vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia y también de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense; director del Departamento de Psicología de la Universidad de Murcia y es también presidente de la Asociación Española de Psicología, Educación y Psicopedagogía.

Como se puede ver, está en activo y sigue investigando y compartiendo con todos aquellos tienen oportunidad de escucharle, o de leerle, o de compartir con él ponencias como la de hoy, todas sus nuevas investigaciones.

Ha publicado 33 libros. Recordaré sólo algunos, que tal vez son los que encajan más con la conferencia que nos va a dar ahora sobre las claves psicológicas de la convivencia escolar: *La Psicología en sus fuentes*, *El desarrollo de la conducta moral*, *Algunas aportaciones de la Psicología experimental al proceso de socialización*, *Psicología de la Educación* –como verán ustedes, paso muchas páginas-, *Estrategias para la solución de conflictos* –esos conflictos que a veces pueden dificultar una buena convivencia-, *Convivir es vivir, evaluación* –título que me parece especialmente sugerente como presentación del ponente- y, por último, *Ayudar a crecer, a pensar y a convivir*.

Ha publicado un mínimo de 93 artículos. Creo importante resaltar alguno de ellos aunque todos son muy interesantes y valiosos para la reflexión que estamos haciendo en este Seminario: *La evolución psicológica del comportamiento ético social*, que de alguna manera puede incidir en nuestro trabajo.

Pero no solamente ha escrito libros y artículos, sino que también ha dirigido dieciocho tesis doctorales. Ya sabemos que cuando un catedrático dirige tesis doctorales, éstas son una proyección de su sabiduría y de su investigación, y que, a su vez se enriquecen con la investigación de la misma tesis. Nuestra experiencia personal, cuando hemos tenido la oportunidad de hacer una tesis doctoral, nos recuerda la seriedad y el valor del trabajo de investigación no sólo del que la prepara, sino también del Profesor que la dirige.

También ha dirigido once tesinas, de las que podría decir lo mismo, y ha colaborado en seis proyectos de investigación sobre Psicología de la Educación.

Vemos, pues, que de claves de psicología lo sabe todo, y nos va a ayudar en este trabajo de aplicación de esas mismas claves psicológicas en la convivencia escolar. Él nos va a hablar ahora de estas claves psicológicas, y -como podemos ver en el guión- no sólo va a teorizar, sino que nos va a dar pistas para la construcción de la convivencia escolar -que es lo que pretendemos analizar en este seminario- basándose en cuatro puntos de referencia, en cuatro vértices importantes: El que enseña, el profesor; el que aprende, el alumno -aunque, a la hora de la verdad, todos aprendemos y todos enseñamos, tanto los profesores como los alumnos-, los contenidos y el contexto. Creo que su intervención va a ser altamente enriquecedora.

Lo repito, contar con una persona de este prestigio humano, académico y vivencial en las sesiones de trabajo de este Seminario, es un honor y un privilegio. Muchas gracias, don Jesús, y tiene la palabra.

ALGUNAS CLAVES PSICOLÓGICAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA CONVIVENCIA ESCOLAR

D. Jesús A. Beltrán Llera

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento por haberme invitado a reflexionar sobre un tema que nos preocupa a todos: la construcción de la convivencia escolar. Es verdad que es un tema que despierta serias inquietudes dentro y fuera de nuestras fronteras. Pero también hay motivos para sentirse esperanzado. Leí estos días, mientras preparaba estas reflexiones, el diario de una niña que, a sus doce años, escribía por las noches las experiencias que había vivido en su colegio. Decía: "Hoy me siento muy feliz, porque cuando una niña me insultó en el recreo, yo tuve, de momento, la intención de contestarle, pero luego pensé: me han elegida *mediadora* y no puedo hacer eso; podría defraudar a muchos que están confiando en mí. Y me he sentido muy feliz, porque, además, al final de la mañana, como yo no le contesté, esta niña vino a pedirme excusas. Hoy me siento muy feliz".

Si nos metemos en sus zapatos, si nos ponemos en el lugar de esa niña, a sus doce años, haciendo esta reflexión, interiorizando este pensamiento, llegaremos a pensar que la educación tiene unos poderes en los que, a veces, no creemos. Se dice que casi todo es posible por la palabra. Yo creo que todo es posible por la palabra en un contexto educativo. Es verdad que nos encontramos con fuerzas poderosas, difíciles de neutralizar, pero creo que hay motivos sobrados para ser optimistas.

Después de haber leído lo que los expertos han dicho estos días sobre el genoma humano, y sobre ese nivel de indeterminación que todavía queda en las personas cuando se disponen a tomar una decisión; después de conocer que el coeficiente de heredabilidad- en el que quizás algunos habían puesto sus esperanzas- no va más allá del 60 %, uno se da cuenta de que los comportamientos humanos no están determinados, y dependen en gran medida de las influencias ambientales, sobre

todo educativas, especialmente en los primeros años. Pero esto, que nos pone sobre la pista de un sano realismo educativo, también nos puede hacer pensar mucho en la responsabilidad que asumimos como educadores.

Mi reflexión en voz alta parte, de salida, con dos preguntas elementales que van a guiar el hilo de todo este discurso. La primera pregunta con relación a la convivencia escolar es: ¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando en los centros educativos? La segunda pregunta es: ¿Adónde vamos? O formulada de otra manera: ¿Qué es lo que podemos hacer?

1. ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

Mi punto de vista es evidentemente psicológico y la psicología se mueve en torno a rasgos, actitudes, tendencias y comportamientos. De eso es de lo que yo voy a tratar. Y comenzaré por lo que está pasando.

Lo que está pasando en los centros educativos es que, además de encontrar muchas luces- buena preparación intelectual del profesorado, progreso creciente de los sistemas instruccionales y, en general, altos niveles de calidad educativa- descubrimos también algunas sombras, y estas sombras se llaman, insatisfacción, desconcierto, desmotivación y, en parte, problemas de indisciplina y de violencia.

En primer lugar, se observa un cierto aire de insatisfacción generalizada que obedece a causas de naturaleza muy diferente, que han hecho perder la ilusión a muchos profesores. La situación es muy compleja y resulta difícil de analizar, sobre todo en el breve espacio de tiempo del que disponemos. Posiblemente esté asentada en causas más profundas, pero aparece dibujada en la superficie, unas veces como sentimiento de decepción, otras como impotencia ante la imposibilidad de cambiar las cosas como se quiere, otras, por fin, como incompreensión o pérdida irremediable de consideración social.

Por otra parte, los profesores tienen la conciencia de una disminución progresiva, gradual, de su autoridad frente a los alumnos, a la vez que comprueban la aparición cada vez más frecuente de situaciones de indisciplina, todo ello agravado por una cierta disolución de normas, límites, y reglas de juego que, lógicamente, deberían contribuir a poner orden en el campo de la convivencia.

Por último, y más preocupante aún, se constatan algunos brotes de violencia dentro y en las inmediaciones del contexto escolar. Hace un par de años, tuve la oportunidad de hacer, con un equipo de profesionales, una serie de estudios sobre la violencia en 59 centros escolares de la Autonomía de Madrid. El informe está publicado, y los resultados arrojan un panorama bastante preocupante. Yo no diría que el mapa global fuera de alarma, pero sí serio, muy serio. En todo caso, se trataba de manifestaciones violentas claramente constatadas, si bien respondían a la percepción que tenían los alumnos y los profesores de los centros respectivos (Beltrán y otros, 1999).

Es verdad que la escuela refleja la realidad de la vida y que, por tanto, lo que ocurre en la escuela puede encontrar, en parte, su explicación si nos remontamos a un plano superior, más elevado, como es el de la sociedad en su conjunto, donde se han producido, en los últimos años, cambios muy profundos que afectan inevitablemente a la escuela. Aquí es donde me gustaría apuntar algunas ideas que, como, como psicólogo de la educación, me parecen relevantes.

Sociedad permisiva.

En primer lugar, estamos viviendo en una sociedad altamente permisiva. En una sociedad permisiva se desdibujan las líneas y los contornos de lo prohibido y de lo permitido, de lo que se puede y de lo

que no se puede, de lo que es bueno y de lo que es malo. Cuando esto ocurre, evidentemente, no se educa. Esto no le extraña a nadie, lo que pasa es que, a veces, lo negamos en el ámbito general, cuando tenemos la experiencia en nuestra propia casa. Valga un ejemplo. Si se hace una encuesta preguntando quién manda ahora en casa, hay pocas dudas sobre cuál sería la respuesta mayoritaria: los hijos. Los mismos resultados o todavía mayores, y en la misma dirección, se podrían obtener si se preguntara quién tiene el mando de la TV en casa. Los hijos no sólo se apoderan del mando, sino que lo siguen agarrando fuertemente con la mano aunque se queden profundamente dormidos, y no lo sueltan de ninguna manera. Ahora hay que pedir permiso a los niños para ver un espacio de televisión; hace unos años eran los niños los que preguntaban a los papás: ¿Papá, me dejas ver...? Se han invertido los términos. Hemos pasado de una sociedad amparada en el principio de autoridad, a una sociedad en la que prevalece el principio de negociación, y además, hemos realizado este paso de una manera brusca, prácticamente sin solución de continuidad, y sin estar preparados.

Las últimas estadísticas del año pasado dicen que España es uno de los países más permisivos de Europa. Y hablando de permisivismo, se conocen ya bastante bien los resultados de las pautas educativas que siguen los diferentes estilos educativos: permisivo, indiferente, democrático o autoritario. Al final, el peor resultado es el del estilo permisivo, porque no conduce a nada, no señala pistas, no abre caminos (Beltrán y Pérez, 2000) . Esto puede estar pasando en nuestra sociedad y, a lo mejor, lo que ocurre en la escuelas es sólo un reflejo de esa sociedad.

Cultura del presentismo

En segundo lugar, estamos en una sociedad que vive una cultura del presentismo, y esto afecta inevitablemente a la escuela. Lo que interesa es el placer fácil, el éxito rápido, el enriquecimiento inmediato, con lo cual se desdibuja el horizonte del futuro, y nos vamos inclinando más hacia el plano del tener que el del ser. En estas circunstancias es difícil hablar de un proyecto personal de vida, que debería ser uno de los grandes objetivos de la construcción personal tanto en lo que se refiere al ámbito de la convivencia, como al de lo estrictamente académico. En una cultura así, lo que se busca es lo que a uno le gusta, lo que le interesa, lo que le satisface, y si hay que pasar por encima de algo o de alguien, se pasa. Evidentemente, este es un elemento que puede contribuir, en gran medida, a la ruptura de la convivencia.

Exaltación de la violencia

En tercer lugar, estamos asistiendo a una verdadera exaltación de la violencia por parte de los medios. Son muchas las investigaciones, realizadas incluso por las mismas empresas de los medios de comunicación, que han demostrado tres efectos principales de la exposición a la violencia:

Primero, la violencia engendra violencia. Los estudios hasta ahora realizados, afirman, de forma unánime, que la observación de la violencia aumenta la conducta violenta, y todavía más en los niños pequeños. Es el efecto clásico del modelado que en todas las Escuelas psicológicas se recoge como una de las grandes leyes del aprendizaje. Lo más triste es que las propias casas comerciales lo reconocen, pero igualmente saben que si no introducen violencia, no venden.

El segundo efecto de la violencia es la desensibilización. La gente, a medida que presencia, observa o está en contacto con la violencia, pierde la sensibilidad hacia la violencia, de manera que cada vez es necesario elevar más el grado de esa violencia para que se pueda percibir como tal. El problema en este caso es: ¿cuál es el nivel de violencia hasta el que se puede llegar? Hace ya algún tiempo oí asustado decir a unas adolescentes, que salían de ver la película " SEVEN", que no era para tanto. ¿A esto le llaman "fuerte"? , decía una de ellas. La película en cuestión tiene un nivel de violencia realmente notable, y puede incluso herir la sensibilidad del espectador. En este caso ya no se trata de que la violencia pueda engendrar violencia, el problema es que la gente ya no tiene la

sensibilidad que antes tenía, ni se conmueve ante las situaciones violentas como es lógico en cualquier ser humano. Por eso, hay que subir el umbral cada vez más, para que realmente se pueda decir que algo es violento. Si la misma violencia, que a cualquiera le repugna y le molesta, deja a los adolescentes insensibles cuando contemplan a diario las escenas ofrecidas por la mayor parte de los Medios, es lógico que, luego, puedan realizar actividades violentas sin sentir el más mínimo remordimiento de conciencia, y al no tener esos mecanismos psicológicos de inhibición, son capaces de hacer lo que nunca se podría esperar de ellos.

El tercer efecto es el del victimismo. Mucha gente no se atreve a salir de casa, especialmente por la noche, por el temor de ser una víctima más de las muchas que se producen cada día en las grandes ciudades europeas. Es tanta la violencia que contemplan al cabo del día, son tantos los conflictos resueltos sistemáticamente en un clima de violencia y por la violencia, que creen ser ellos las próximas víctimas.

Lo peor de todos estos aspectos negativos de la sociedad actual es que resulta muy difícil luchar contra ellos. Es más, los mismos rasgos positivos que consideramos como valores en esta sociedad que llamamos postmoderna: la globalización, la flexibilidad de los sistemas económicos, o la revolución tecnológica, se viven como problemas en la comunidad educativa porque reaviven tensiones de carácter reivindicativo o amenazan la propia estabilidad, e incluso el futuro, del profesorado, lo cual no deja de ser una paradoja bastante curiosa (Hargreaves, 1994).

Cambio de paradigma educativo

Pero no sólo ha habido cambios en la sociedad; también ha habido cambios en la educación, y esto puede servirnos todavía mejor para responder a las preguntas anteriormente planteadas. Quizás no nos damos cuenta suficiente, pero los paradigmas educativos están cambiando (Banathy, 1984). Todos los países democráticos, han pasado, a lo largo de los años, de un paradigma *institucional*, en el que la toma de decisiones estaba residenciada en las más altas instancias del poder, lejos de los verdaderos clientes de la educación, y los contenidos educativos estaban fuertemente ideologizados, a un paradigma *administrativo*, semidescentralizado y desideologizado, y posteriormente a un paradigma *instruccional*, centrado en la enseñanza y en el profesor, donde éste se convierte en la unidad de análisis del sistema educativo y, sobre todo, en el centro operativo de la toma de decisiones.

Pues bien, este paradigma instruccional que es el que ha imperado en los países desarrollados hasta hace bien poco, ha tocado techo, y no da ya más de sí, provocando, de esta manera, abundantes disfunciones dentro de la escuela. Desde hace ya algunos años, según los expertos, está empezando a aparecer otro nuevo paradigma, el del *aprendizaje*, que, como es lógico al principio, puede desconcertar aunque sólo sea por la puesta en cuestión de normas y pautas de conducta hasta ahora seguidas por los paradigmas anteriores. Este nuevo paradigma no está centrado ni en la enseñanza ni en el profesor, sino en el aprendizaje y en el alumno que aprende (Beltrán y Genovard, 1996).

Un cambio tan radical como éste no puede por menos que conmover los cimientos de la propia institución escolar. Una cosa parece clara, y es que si el centro de interés de la escuela radica en el aprendizaje y en el estudiante que aprende, los principios del aprendizaje deberían inspirar el diseño y la propia acción educadora.

Sería bueno recordar algunos de esos principios para ver los cambios que su implantación podría producir o las disfunciones que podría provocar si no son tenidos en cuenta a la hora de configurar la dinámica del aula, especialmente en el ámbito de la convivencia.

Pues bien, el primer principio del aprendizaje, según los expertos en el área, es que todos los alumnos son diferentes y únicos. Las implicaciones de este primer principio son tan evidentes que no necesitan ser explicitadas, ya que explican por sí mismas muchos de los problemas de convivencia que podrían desprenderse de no tener en cuenta este principio capital.

El segundo principio todavía es más interesante, y dice que estas diferencias no afectan sólo a las estructuras mentales, sino que afectan, sobre todo, a las estructuras emocionales. Evidentemente, las diferencias emocionales no atendidas están en el origen de muchas de las situaciones que pueden dar lugar a complicar la convivencia escolar.

El tercer principio es que el aprendizaje funciona adecuadamente cuando hay un ámbito de relaciones interpersonales positivas, y cada alumno es aceptado, reconocido, apreciado y valorado incondicionalmente en su contexto propio.

Con sólo aplicar honestamente los tres principios anteriormente señalados al ámbito educativo, se descubrirían, sin duda alguna, posibilidades y pistas de indudable interés para construir la convivencia escolar con garantías de futuro. Cuando haya que analizar casos en los que esa convivencia está rota, sería bueno acudir a esos tres grandes principios, y comprobar si están o no encarnados en nuestros proyectos educativos y si resultan eficaces en la dinámica escolar de cada día. Quizás nuestro mayor problema sea que estamos todavía viviendo un paradigma en el que lo importante es enseñar, no aprender, y en el que lo importante son los profesores, y no los alumnos. La diferencia producida por este cambio es notable (Segovia y Beltrán, 1998).

Pero hay un problema en torno al aprendizaje. Casi todos decimos que nuestros alumnos no quieren aprender. Si se preguntara uno a uno a todos los profesores del país, la mayor parte respondería lo mismo: los estudiantes no quieren aprender. Este es un problema real. Ellos no quieren aprender, y hace sólo unos años nos peleábamos por tener una oportunidad de aprender. Sería bueno recordar aquella frase de Aristóteles cuando dice: "Todo hombre desea por naturaleza saber". Si todo el mundo desea por naturaleza saber, ¿qué ha hecho esta sociedad para que esto, que es un proceso natural, no se produzca?

Por otra parte, ¿es posible la convivencia escolar cuando los alumnos que no quieren aprender se ven obligados cada día a hacer durante horas y horas lo que no quieren hacer? O a lo mejor lo que pasa es que no quieren aprender lo que lo que les enseñamos y tal como se lo estamos enseñando. A lo mejor, su protesta, sus revueltas son simplemente un mensaje que no acabamos de entender y nos están diciendo, gritando, que les ayudemos a aprender, pero no *eso ni de esa manera*.

Si se siguieran las líneas esbozadas por este nuevo paradigma, el aula, la escuela, la comunidad escolar, centradas en el alumno, con esos principios del aprendizaje al frente, podrían cambiar muchas de las cosas que pensamos debieran cambiar. Esta breve reflexión sobre la sociedad, la educación y sus cambios correspondientes nos permite entender de alguna manera la situación en que nos encontramos, especialmente en el campo educativo: hay mucho descontento, unas veces por la influencia negativa de la sociedad, y otras porque aún no nos hemos adaptado a las exigencias del nuevo paradigma que está a las puertas, y cuya presencia, apenas entrevista, ha desencadenado, a partes iguales, esperanzas y frustración.

2. ¿QUÉ PODEMOS HACER PARA CONSTRUIR LA CONVIVENCIA?

La segunda pregunta que señalábamos anteriormente es más importante y su misma titulación tiene un carácter más constructivo. ¿Adónde vamos? ¿Qué podemos hacer? Si hay problemas de disciplina, si hay conductas violentas, si hay desmotivación del profesorado, si hay desinterés de los alumnos, en medio de tantos logros educativos como tenemos, ¿cómo podemos hacer frente a esta

situación, en la que muchos profesores viven todavía con una gran sensación de incomodidad, porque no pueden desarrollar su vocación profesional tal como esperaban? Voy a describir brevemente algunas de las claves ya anunciadas, tratando de aportar, desde cada una de ellas, lo que realmente puede ser importante, como análisis psicológico, para la construcción de la convivencia escolar. En principio, pienso que no podemos hablar sólo de los alumnos, de los profesores, del aula, de los contenidos, o del claustro. Creo que la solución debe arrancar de una concepción global en la que se consideren todos los elementos en juego.

En este sistema creo que hay cuatro grandes ejes, cuatro grandes vectores. Es lo que dicen los expertos cuando señalan que la educación se reduce a cuatro grandes elementos: el que enseña, el que aprende, lo que se enseña y aprende, y el contexto en el que tiene lugar. Podríamos añadir, si queda algo de tiempo, el claustro de profesores, porque puede ser uno de los factores más importantes a la hora de tomar el pulso de la comunidad educativa y también a la hora de encontrar algunas causas que expliquen por qué esa convivencia escolar está como está.

El profesor

Voy a dar simplemente algunas pinceladas que nos permitan descubrir pistas eficaces, operativas, para que esa comunidad educativa pueda funcionar adecuadamente. Hay muchos especialistas que hablan ya de una cierta indefinición de la figura del profesor; estamos cambiando continuamente de roles. Incluso los profesores se quejan de que cada reforma trae consigo nuevos roles y, a veces, sin contrapartida. ¿Cuál es el verdadero rol del profesor y cómo puede contribuir a esa convivencia? Me apunto a la lista de muchos psicólogos que dicen que el profesor, como cualquier otro profesional en su campo, es un verdadero experto. De esa forma, lo situamos en la línea de otros profesionales: el médico es un experto, el farmacéutico es un experto y el profesor tiene que ser un experto. Pero, ¿en qué tiene que ser experto? Voy a comentar los tres grandes factores del profesor experto que pueden contribuir a la mejora de la convivencia (Sternberg. 1996)

Conocimiento

El primer factor es el que hace referencia al conocimiento. Hay dos clases de conocimiento. En primer lugar, el conocimiento curricular y específico, y en segundo lugar, el conocimiento pedagógico. Con relación a la exigencia de que el profesor sea un experto conocedor dentro de un campo científico determinado, no podemos ponerle ningún pero, porque el profesor hoy, en España, está manteniendo un nivel altísimo, como pocas veces en nuestra historia educativa. El problema está en lo que le corresponde como experto pedagógico. Ahí conviene señalar que el profesor tiene una complicada tarea, como es la de realizar esa difícil conjunción entre lo que es la racionalidad técnica y la racionalidad práctica, entre el científico que aplica los descubrimientos de la ciencia a la situación educativa y la inteligencia práctica que es capaz, primero, de definir la situación educativa y aplicar luego una solución aceptable.

El asunto se complica si tenemos en cuenta que la situación educativa no está definida; es el profesor el que la tiene que definir en cada momento, y ahí es donde se ve el temple de artista que lleva dentro. El profesor no puede ser solamente un científico; tiene que ser un artista y definir cada día la situación que se encuentra cuando llega a primeras horas de la mañana a su clase, porque nadie la va a definir por él; y no le basta con definirla; tiene que descubrir imaginativamente, la solución adecuada en cuestión de décimas de segundo, y esto repetidas veces al día. ¿Podemos imaginarnos a un profesor, acostumbrado a enfrentarse con situaciones sociales o familiares convencionales, llegando cada mañana al colegio y encontrándose con quince o veinte niños cultural e idiomáticamente diferentes? Si no tiene en cuenta lo que decíamos antes, que todos son diferentes, y que no basta con llevar la lección bien aprendida, esa clase se le puede ir de la mano con la primera intervención. Y si esto ocurre, primero, va a cundir la desmoralización, el

desconcierto, y segundo, el profesor puede sentirse incapacitado para hacer frente a esa nueva situación que no ha sabido definir adecuadamente. Algo de esto nos está pasando ya, y es probable que siga ocurriendo en un futuro inmediato, si no se prepara al profesorado para saber actuar adecuadamente en circunstancias como éstas. (Schön, 1983).

Esta situación nueva, desconcertante, compleja, por una parte, puede ser enriquecedora porque nos ayudará a cambiar poco a poco las claves en las que se apoyaba el tradicional sistema educativo, pero, por otra, puede desanimar al profesor y provocar actitudes y comportamientos que hacen sin duda difícil la convivencia escolar. Aquí hay un elemento de gran preocupación: se nos puede ir la clase de la mano; podemos empezar a romper la convivencia, porque quizás no estamos del todo preparados, porque nos faltan recursos, conocimientos o estrategias que hasta ahora no habíamos tenido que utilizar y no sabemos cómo hacer frente a situaciones como ésta. Esa conjunción inteligente del científico y del artista, de la ciencia y de la imaginación, es la que nos hace falta y se hace cada vez más imprescindible para construir esa comunidad ideal que comprometa a cada uno de los miembros de la clase y los conduzca por vías educativamente más estimulantes y creadoras.

Eficiencia

El segundo factor es la eficiencia. La eficiencia es la capacidad de resolver los problemas del aula con imaginación, creativamente y en una proporción de costo aceptable. Eso es la eficiencia, no la eficacia. Desde luego, si se les cierra la boca a todos, evidentemente ninguno va a gritar más, pero no se trata de eso. Se trata de lograr una comunidad y una convivencia con un costo aceptable. El costo aceptable puede ser que el profesor esté día a día, permanentemente, ganándose la clase. Hace unos pocos años, al profesor le resultaba fácil hacerse con la clase porque estaba apoyado por el principio de autoridad, pero ahora tiene que estar ganandosela día a día. Los problemas le pueden venir al profesor del grupo de la clase como un todo, de cualquiera de los miembros de la clase, de la propia estructura del aula, de la dirección o incluso de los mismos contenidos. El profesor eficiente sabe cómo resolver esos problemas, sin que se le vayan amontonando o lleguen a deteriorar el clima del aula. Si cada profesor fuera mejorando su nivel de eficiencia día a día, mejoraría consiguientemente la convivencia de la clase.

Carácter

El tercer factor que conviene resaltar- y cada vez se va destacando más en los programas de formación del profesorado- es el que yo llamaría del carácter o de la personalidad. Hay tres rasgos esenciales hoy en la personalidad del profesor. El primero se refiere al optimismo pedagógico. ¿Qué puede pasar en un grupo de estudiantes donde el profesor piensa y proclama que no puede hacer nada con ellos, que los alumnos son incapaces de salir adelante, o que las personas con ciertas limitaciones nunca aprenderán?

Hay que recordar el efecto Pigmalión, que posiblemente sea la historia más bonita que la psicología educativa ha transmitido nunca al mundo entero, y funciona en todas las situaciones sociales posibles: familias, empresas, bancos, escuelas, consultas, y en la sociedad en general. ¿Se puede obtener algo de alguien, cuando por dentro estamos seguros de que ahí no hay nada que hacer? Confiar en todos los alumnos de la clase es el rasgo definitorio e inseparable del profesor capaz de construir la convivencia. Un alumno revoltoso, inquieto, molesto, protestón, posiblemente está diciendo que algo está pasando ahí, y el profesor tiene que empezar por definir esa situación educativa, y luego encontrar la solución adecuada dentro del marco del optimismo pedagógico que le permite calcular las dificultades existentes pero también el poder de transformación de la intervención educativa (Rosenthal y Jackson, 1968).

El segundo rasgo del carácter del profesor debe ser el entusiasmo; es el *pathos* del profesor que contagia porque cree en lo que hace. A eso le llama Gardner experiencia cristalizadora (Gardner, 1995). Cuando el profesor cree realmente en algo, lo transmite, y lo vive en su clase, comunica ese mismo entusiasmo a los alumnos descubriéndoles valores que no van encontrar en otras situaciones sociales. Por el contrario, si el profesor no cree en lo que dice, se produce -como decía Gardner- una experiencia de bloqueo, y los alumnos pensarán, o incluso le dirán: "¿Y para qué vale eso? Y, ¿qué me importa eso? Menudo rollo que nos está soltando". Lo importante es que el profesor les contagie de esa pasión por aprender. Si hay pasión por aprender -y ésta hay que crearla en cada grupo escolar, en cada comunidad de aprendizaje- la convivencia no sólo será posible, sino que se irá pasando, como dice Popper, del mundo 2 al mundo 3, es decir, de la construcción individual a la construcción social del conocimiento. Una buena estrategia, por parte del profesor, para crear esa convivencia es empezar a introducir en el aula lo que se ha dado en llamar- y a veces olvidamos- una economía cálida (Perkins, 1992).

Hoy se interpreta todo en términos de economía, es decir, en términos de costos y beneficios. La economía cálida hace que cada uno haga lo que tiene que hacer y esté dispuesto a hacerlo a cambio de nada, porque hay pasión. Cuando dos personas están enamoradas, uno está dispuesto a hacer por el otro lo que haga falta, sin recibir nada a cambio. Naturalmente, luego pasa el tiempo, los meses y los años y uno dice: ¿Tú no lo haces? Pues yo tampoco. Ha entrado la economía fría. ¿Dónde está en el aula la economía fría y la economía cálida? ¿De quién depende una u otra? En principio, del profesor. Pero no únicamente. También el profesor sufre mucho cuando después de haber ofrecido, según él, una buena experiencia escolar, y después de haber transmitido con entusiasmo las ideas que, a su parecer, reflejaban el estado del arte sobre una cuestión de interés, en una determinada disciplina, se le acerca al final de la clase un alumno y le dice si eso también va a ir para el examen. No cabe duda de que se estaba entrando de nuevo en la economía fría.

El tercer rasgo del carácter es el de liderazgo. No se trata del liderazgo impuesto por la autoridad, sino el liderazgo de ejercicio, el que surge de la propia convivencia cada día en el aula. Cuando los alumnos pueden apreciar el valor moral, la autoridad, el prestigio científico, la dedicación y el interés del profesor, todo eso junto puede convertirle en un auténtico líder.

Podríamos señalar dos o tres aspectos que caracterizan el liderazgo del profesor para asegurar la convivencia. En primer lugar, que el profesor sepa abrir horizontes, descubrir perspectivas, alentar proyectos personales y desafiar la inteligencia de sus alumnos dentro del aula, porque entonces es cuando los alumnos se implican y viven en ese clima que el profesor ha sabido crear. Dicen que uno de los rasgos más claros de las personas creativas y de los superdotados es precisamente que están trabajando siempre al límite de su capacidad. El líder no puede permitir que sus alumnos trabajen chapucera, mediocrementemente, que realicen los trabajos de cualquier manera; al contrario, debe elevar el nivel del esfuerzo y de la exigencia en su clase. Ese es el líder de verdad. Otro rasgo importante del liderazgo es señalar normas, pistas, límites, reglas de juego a modo de vías para canalizar las energías de los alumnos. ¿Cuántos problemas de la convivencia surgen cada día porque las energías de los alumnos no están suficientemente canalizadas y aprovechadas? Es como el agua: Si no se canaliza bien el agua, algo que es un instrumento al servicio de la vida, puede convertirse en un instrumento al servicio de la muerte. Por último, el líder es la persona que aúna voluntades en el aula, simboliza la conciencia del grupo, representa el bien común y por eso puede actuar como conductor de esa comunidad.. Es como el director de orquesta: evidentemente, los que tocan son los músicos, pero el que hace que suene bien es el director.

Si nos fijamos en esos tres factores: conocimiento, eficiencia y carácter, nos daremos cuenta de que el profesor tiene una parte muy importante que aportar a la construcción de la convivencia.

El alumno

El alumno también tiene que cooperar y colaborar y no sólo disfrutar de la convivencia. Voy a señalar algunos de los elementos específicos relacionados con el alumno que pueden contribuir a mejorar la convivencia escolar.

Demora de la gratificación

El primero es lo que se ha dado en llamar la demora de la gratificación. Un fallo tremendo de nuestra juventud y nuestra sociedad hoy es que los jóvenes no son capaces de demorar la gratificación; por ahí vienen muchos problemas de convivencia. Conviene recordar la experiencia que Mitchell llevó a cabo en un centro educativo. En ella ofrecía a los alumnos una serie de gratificaciones y refuerzos después de realizar algunas tareas. Les daba a elegir entre algo de pequeño valor, pero que pudieran tener ya, de forma inmediata, y algo muy valioso, que sólo podían recibir algo más tarde. Pues bien, había niños que elegían sistemáticamente los objetos poco valiosos, pero que podían tener ya para su disfrute personal inmediato. Este es el fenómeno que los expertos llaman presentismo, anteriormente ya señalado. Hay algunas personas que viven el presente inmediato y pierden de vista la perspectiva de futuro. Hay alumnos que no son capaces de controlar ese afán y ese deseo de tener, de poseer, de encontrar la gratificación inmediata, instantánea, y del modo más fácil.

Como se sabe, hay una correlación muy alta entre la demora de la gratificación y el rendimiento escolar, el éxito en la vida, e incluso el nivel de convivencia. La persona que está dispuesta a pasar por lo que sea con tal de obtener lo que quiere, puede romper con todo. Por tanto, la primera obligación y el primer compromiso de un centro educativo debería ser desarrollar en sus alumnos día a día, momento a momento, habilidades y estrategias adecuadas para saber demorar la gratificación (Beltrán y Pérez, 2000). ¿Se ha hecho algo importante en la vida que se consiga en dos minutos? Los atletas que participan en los Juegos Olímpicos están cuatro años trabajando intensamente para estar dos minutos, incluso a veces segundos, exhibiéndose. ¿Se ha hecho algún descubrimiento importante que no haya exigido esfuerzo? El trabajo que lleva a un descubrimiento puede durar toda una vida y, a veces, con muchos fracasos. ¿Qué es lo que nos importa, que nuestros alumnos sean o que nuestros alumnos tengan? Este es un elemento importante de la educación que hay que trabajar en el aula, en el recreo, en las tutorías, y en el despacho, permanentemente.

La personalidad bien articulada, madura, es aquella que es capaz de demorar, de diferir, su gratificación, porque lo que realmente busca son aquellos placeres, sentimientos y esfuerzos que merecen la pena, que llenan y dejan a uno feliz; eso es lo que importa. Pero, evidentemente, estamos viviendo en una sociedad opuesta a cualquier demora de la gratificación; al contrario, la sociedad es una inmensa oferta de gratificaciones inmediatas.

Empatía

Otro mecanismo de interés relacionado con el alumno es la empatía. La empatía tiene dos grandes vertientes. La primera es la capacidad del ser humano para ponerse en el lugar del otro, de tener en cuenta sus opiniones, ideas y creencias. Esto es importante, imprescindible. Aquellas personas que no son capaces de ponerse en los zapatos del otro, no pueden entender al otro, no pueden respetar al otro y, por tanto, no pueden convivir con el otro, ni triunfar en la vida. La empatía, además de ensanchar nuestra configuración intelectual estrecha y de superar nuestro marco conceptual egocéntrico, nos permite participar de los sentimientos y emociones de los demás, que es la vertiente afectiva o emocional. Y en esta vertiente encontramos dos componentes esenciales: la

irradiación afectiva, la comunicación de nuestros sentimientos a los demás y la sintonía afectiva, es decir, tener en cuenta los sentimientos de los demás.

El componente afectivo tiene, pues una doble modulación. A través de la irradiación afectiva hacemos presente a los demás nuestra experiencia emocional. Un pensamiento que no se expresa, que no se comunica, queda ahí enquistado y acaba saliendo por vías negativas o socialmente reprobables, desembocando en forma de acción violenta, fruto del desengaño, la frustración o la envidia. Conviene enseñar a los niños en la escuela a expresar esos sentimientos. Recuerdo una escena que hace unos años contemplé en un centro escolar en el que la maestra invitaba a sus alumnos a conocer y expresar sus emociones a través de un juego maravilloso. Todos los días, al entrar en clase, los niños tomaban de una mesa en la que estaban depositados, un bastoncito que debía colocar en un estuche compuesto por múltiples casillas representando los diferentes estados de ánimo por los que puede atravesar una persona. Cada niño, al depositar el bastoncito en su casilla correspondiente estaba reconociendo cómo se encontraba emocionalmente en ese momento. A lo largo de la mañana, el niño podía cambiar su bastoncito de estuche, señalando así que sus emociones habían cambiado, de positivas a negativas o de negativas a positivas. El niño aprendía, de esta manera, a reconocer sus emociones, a captar los diferentes cambios de emoción e incluso a manejar el espectro de las emociones humanas. Una tarea admirable de alfabetización emocional.

Es posible que en las mañanas de los lunes, la casilla de las emociones negativas se viera desbordada. No lo sé. Lo que sí es cierto es que aprendían, jugando, una de las cosas más importantes que se pueden aprender para la convivencia humana: expresar libremente sus sentimientos ante los demás y empezar a manejar su mundo emocional que es, por una parte, lo más hermoso de lo humano, pero, por otra, puede llegar a ser lo más destructor. Es importante saber comunicar nuestros sentimientos. Es posible que en un ámbito familiar, que es por excelencia el ámbito de la convivencia, no seamos capaces de expresar nuestros sentimientos. La convivencia se mide posiblemente por el nivel de expresividad afectiva que hay entre los miembros de la familia, y lo mismo se puede decir de la escuela.

Lo peor de todo sería favorecer en el aula un nivel de atonía emocional. En este caso, la comunicación podría verse bloqueada, cada uno podría ir a lo suyo sin querer saber nada del resto de la clase.

Control emocional

¿Qué significa el control emocional? Un ejemplo nos hará entender mejor el sentido del control emocional y, sobre todo, su alcance educativo. Si se coloca un recipiente de agua sobre el fuego, se sabe enseguida lo que va a pasar, que el agua empezará a calentarse, a hervir e incluso a explotar; es una ley física que se cumple. Pues en nosotros también hay unas leyes emocionales que se cumplen. Si alguien se siente amenazado por otro, lo normal es que responda a la defensiva y acuda al ataque. Esta es una ley emocional. ¿Qué tenemos que hacer? No podemos borrar las leyes emocionales que durante montones de años han creado en nosotros mecanismos de defensa y de respuestas, incluso violentas para asegurar la supervivencia.. Lo que tiene que hacer la educación -y esa es su finalidad- es introducir y desarrollar unos mecanismos educativos que neutralicen esas fuerzas que nosotros sabemos que pueden despertarse en cualquier momento de forma violenta.

La gran fuerza de control en la vida humana es la del pensamiento. Antes de actuar, hay que pensar; antes de responder, hay que reflexionar. Entre los hechos y las respuestas hay que introducir una banda de reflexión, que es la que nos va a permitir elegir nuestra respuesta; no conviene actuar atolondradamente, ni responder con nuestros programas espontáneos, que son los que nos llevan a conductas de las que luego nos arrepentimos. Pero esto es difícil, cuesta y lleva años conseguirlo. ¿Cuántos años le pudo llevar a Bach interiorizar y dominar ese programa musical hasta convertirse

en un virtuoso? Pues años de trabajo, esfuerzo y sacrificio, quizás al principio no visibles, pero después admirados por todos. Eso es lo que tenemos que enseñar a nuestros alumnos: saber controlar nuestros sentimientos y nuestras emociones. Esto forma parte de nuestro curriculum, porque forma parte de la posibilidad de convivir, de vivir juntos. Si algo tendrían que aprender nuestros alumnos es eso: el control emocional.

Los contenidos

Es uno de los grandes problemas de la educación en el momento actual. Probablemente el más importante (Gardner, 1995). Lo malo de los contenidos es que muchas veces se han convertido en lo único esencial dentro de la escuela. Por eso conviene definir con claridad las metas de la educación que, según algunos es lo menos definido que tenemos dentro del sistema. Sin duda que es importante adquirir conocimientos, pero es más importante desarrollar la inteligencia, y todavía más importante aprender valores. Los conocimientos pueden quedar obsoletos en cuatro días, por tanto no pueden constituir la meta de la educación y del aprendizaje. La inteligencia también es importante, ya que representa el conjunto de habilidades, procesos y estrategias que nos permiten gobernarnos a nosotros mismos, pero todos sabemos lo que se ha hecho en el mundo en nombre de la inteligencia, y a dónde nos ha conducido. Son importantes los valores, pero también los valores se discuten, son subjetivos, se pueden cambiar y también se han hecho muchas cosas en su nombre. Entonces, ¿a dónde hay que llegar? Algunos expertos hablan de la máxima expresión de la inteligencia, que es la sabiduría, como la meta ideal del proceso educativo.

La sabiduría tiene tres componentes en ejercicio modulando continuamente el comportamiento de los seres humanos. Uno es el pensamiento dialéctico, flexible, lúcido, que nos permite saber que no tenemos la verdad, que cada uno tenemos sólo una parte de ella, que los demás tienen también su verdad, y que lo que sabemos, lo sabemos entre todos. El pensamiento dialéctico nos permite entender y descubrir en la vida que incluso las ideas pueden cambiar si realmente cambian las circunstancias. Es el pensamiento dúctil, flexible, frente al pensamiento rígido y enquistado que, a veces, nos domina.

También está el pensamiento pragmático, que nos enseña no a resolver problemas, sino a identificar los problemas que hay que resolver. ¿Enseñamos a nuestros niños a entender dónde están los verdaderos problemas y a no tomar por problemas los que no lo son? El alumno, o el profesor, que vea problemas en su clase cuando no los hay objetivamente, puede acabar convirtiendo en problema lo que no lo era, alterando así el clima de la clase. Lo mismo digo del director, del padre de familia, o del gobernante. Hay que saber identificar los problemas, y una vez identificados, canalizar todas las energías para solucionarlos.

Por último, está el pensamiento conciliador, que es saber conciliar nuestros deseos con los deseos de los demás, nuestras actitudes con las actitudes de los demás, nuestros proyectos con los proyectos de los demás. La escuela debe ser así el hogar del pensamiento.

Es importante pues definir las metas. Si una persona tiene que aprender a vivir, tiene que ejercitar su pensamiento diariamente en todo aquello que estudia, en todo aquello que hace, en todo aquello que proyecta o decide. Y eso es labor de todos los profesores, de toda la escuela, del conjunto y, por supuesto, de todos nuestros alumnos también.

En segundo lugar, hay que pensar en las tareas escolares. La escuela debe ofrecer tareas auténticas, vitales, en la clase, no tareas que permitan simplemente comprobar, examinar o evaluar a los alumnos, sino tareas que les acerquen a la realidad de la vida, que favorezcan esas experiencias cristalizadoras de las que hemos hablado anteriormente. Pero también es importante que haya una transferencia vital de los conocimientos y habilidades adquiridas en el aprendizaje. La finalidad del

aprendizaje no es sólo adquirir o construir algo sino, sobre todo, saberlo utilizar y aplicar. Ahí está lo que se podría llamar el placer de aprender, que no es otra cosa que jugar con los conocimientos adquiridos y dominados en las actividades de la clase. Es triste que, a veces, los profesores vayan de lección en lección, sin dar tiempo a los alumnos para dominar los conocimientos y jugar con ellos.

Los profesores, por lo general, terminan una lección e inmediatamente siguen a la otra, sin darse cuenta de que cada lección, cada concepto, cada principio, cada conocimiento, no es sólo un cambio de estado (de tal manera que el alumno pasa de no saber a saber algo), ni siquiera es sustancialmente un estado de posesión (se tiene algo que antes no se tenía); el conocimiento adquirido es, sobre todo, una capacidad, un poder, que el profesor está poniendo en manos de sus alumnos. Desgraciadamente, si después de ponerles esa capacidad en sus manos, el profesor les pone otra y otra y otra, ¿cuándo deja que los alumnos la utilicen, la apliquen, es decir, jueguen y disfruten de ella? ¿Sería lógico y comprensible que un profesor enseñase a montar en bicicleta a una persona, y cuando ya es capaz de mantenerse en equilibrio y dar unas vueltas con ella, le dijese: ¡Fuera! Ahora vas a aprender a esquiar, y cuando ha empezado a aprender a esquiar, le dijese: Ahora vas a aprender el difícil arte del golf, y así sucesivamente? Podríamos preguntarnos: ¿Y cuándo le deja jugar con esa capacidad que ha aprendido? Si nos diéramos cuenta de eso, la comunidad escolar cambiaría, porque estaría empeñada en el disfrute y en el placer de aplicar los conocimientos, de desarrollar esas capacidades. Pero no les damos tiempo a nuestros alumnos porque lo más importante es acabar el programa y dar todos los contenidos. Creo que hemos eliminado la función del placer de los aprendizajes en nuestras escuelas.

Ahora bien, la última y mejor aplicación de los contenidos es la que se lleva a la vida, a la vida de uno mismo. Ese es el secreto del verdadero transfer de los aprendizajes. Todos los contenidos curriculares nos plantean los tres interrogantes de siempre: ¿Qué contenidos, habilidades o procedimientos conviene transferir? ¿Cómo se pueden transferir? ¿Dónde hay que transferirlos? La respuesta a estos tres interrogantes podría resolver muchos de los problemas que ahora mismo estamos viviendo en nuestro país en relación con los contenidos curriculares (Perkins, 1992). Por detenernos sólo en el último interrogante habría que señalar que los conocimientos de una lección se pueden transferir a otra lección, a toda la asignatura, a todas las asignaturas, a la vida y, sobre todo, a uno mismo. Si la ciencia es una, cualquier principio, debidamente abstraído de su concreción específica y particular puede ser transferido a cualquier otra área de la ciencia o de la vida. Los superdotados lo saben muy bien, y por eso cualquier idea que aprenden son capaces de llevarla prácticamente a todos los campos de la ciencia. De ahí viene la riqueza interdisciplinar y los grandes descubrimientos realizados por científicos en áreas que no son específicas suyas. Las ideas son dinámicas, engendran fuerza, guardan en su entraña un inmenso poder de transformación. Sólo las ideas pueden cambiar el mundo. Los contenidos, bien interpretados y utilizados, pueden contribuir, sin duda, a la creación de la convivencia.

Hay otro aspecto más sobre los contenidos que quiero subrayar. Se trata de impartir en las aulas unos buenos programas que ayuden a los profesores y a los alumnos a resolver pacíficamente los conflictos, a ejercer como mediadores en las situaciones problemáticas e incluso límites que puedan producirse en la escuela, a colaborar en proyectos y tareas de futuro, o simplemente, a prevenir la violencia en las instituciones escolares. Como señalábamos anteriormente, la escuela tiene la misión de ayudar a los alumnos a crear e interiorizar determinados programas psicológicos que sean capaces de neutralizar otros programas biológicos y emocionales que le impulsan a reaccionar de manera violenta cuando se siente amenazado y trata de asegurar la supervivencia. Esto es en definitiva enseñarles a convivir, a vivir juntos, a vivir en sociedad. Esos deberían ser los programas más importantes del curriculum escolar (Beltrán y otros, 1999 b) .

Contexto escolar

Respecto al contexto yo diría que hay que redefinir el espacio físico de las aulas. Ese sistema educativo, de corte taylorista, que deja a los alumnos inmóviles en situación frontal respecto al profesor, hora tras hora, profesor tras profesor y asignatura tras asignatura, ya no se lleva prácticamente en ningún estamento de la sociedad en el que trabajen los adultos. Sólo se les exige hoy a los estudiantes. Este sistema favorece la pasividad y la represión, y puede convertirse en una invitación permanente a la descarga incontrolada de las energías juveniles. ¿No sería mejor diseñar un aula diferente en la que los alumnos pudieran verse unos a otros e interactuar permanentemente entre sí y con el profesor?

Pero todavía es mucho más importante aún redefinir funcionalmente la clase. Muchos de los esfuerzos educativos innovadores van hoy día en la línea de formar comunidades de aprendizaje. En las comunidades de aprendizaje todos aprenden y todos enseñan porque comparten juntos sus conocimientos, colaboran en proyectos sugestivos de investigación, y viven ilusionadamente la experiencia de aprender. Su objetivo principal es el desarrollo de la inteligencia y de los valores de todos sus miembros a través de su implicación en tareas útiles y auténticas en espacios tecnológicamente bien equipados.

Dentro de esta comunidad de aprendizaje es posible un aprendizaje de calidad porque se encuentran en ella las 4 condiciones ideales que lo favorecen: ambiente cálido y acogedor, exigencia de máximo esfuerzo, propósito de mejora continua y evaluación sistemática del propio trabajo. Desde esta comunidad es posible ayudar a todos los alumnos a considerar el aprendizaje como algo difícil pero, a la vez, excitante y divertido en el cual pueden desarrollar estrategias y técnicas de solución de problemas, ensayar múltiples formas de adquirir y generar conocimientos, vivir la experiencia del asombro y la admiración, estimular su imaginación y su fantasía y, por último, comprender que tienen únicas e importantes señas de identidad que dan significado y sentido interno a su tarea (McCombs y Wagner, 1997).

Por último, creo que hay que integrar las nuevas tecnologías. Internet ha abierto, sin duda, un espacio que puede airear y refrescar la comunidad educativa. Es verdad que puede haber mucho de basura, como algunos han señalado repetidamente, pero además de ser un inmenso almacén de información, Internet puede ser un gran instrumento cognitivo y, sobre todo, una oportunidad de rediseñar y reinventar el mundo de la educación. En los siglos XVIII y XIX, aquellas empresas y sociedades que utilizaron las nuevas tecnologías para rediseñar sus empresas triunfaron, mientras que las demás se quedaron atrás. ¿Perderemos nosotros la oportunidad de rediseñar nuestro modelo de escuela y nuestro modelo de educación?. Las tecnologías no son algo que pueda cambiar la educación por sí mismas. Lo que puede cambiar la educación es la pedagogía. Ahora bien, hay dos pedagogías: la pedagogía de la reproducción y la pedagogía de la imaginación. Si la tecnología trabaja al servicio de la pedagogía de la reproducción, no hemos avanzado ni cambiado nada, aunque tengamos un equipamiento tecnológico de vanguardia. Si las nuevas tecnologías están dirigidas por la pedagogía de la imaginación, entonces podremos esperar con fundamento un cambio significativo, revolucionario, en los controvertidos procesos de enseñanza-aprendizaje. El secreto está en transformar la información en conocimiento y, sobre todo, en conocimiento generativo, profundo, pero no en almacenar bolsas inmensas de información o en aumentar los efectos de la información almacenada (Lajoie, 2000).

El claustro de profesores

Para terminar, convendría decir algo sobre las aportaciones del claustro a la convivencia. En primer lugar, el clima que deseáramos todos encontrar en el claustro es el de la madurez emocional. Esto implica, entre otras muchas cosas, que en las discusiones y debates sostenidos en el claustro no

deberían desplazarse nunca los temas desde el plano argumental en el que se plantean- y donde pueden ser objetivados, debatidos y rebatidos- al plano de lo emocional, donde predominan los sentimientos sobre las razones, y resulta difícil encontrar vías de encuentro y de conciliación. Muchos de los problemas de la convivencia empiezan aquí.

En segundo lugar, se necesitan canales y mecanismos fluidos de comunicación. Cuando esos canales son escasos, funcionan mal o se producen interferencias, surgen las interpretaciones torcidas e interesadas, las sospechas, las desconfianzas e incluso los rumores y todos estos elementos pueden destruir las bases de la convivencia.

En tercer lugar, es conveniente que los miembros del claustro puedan compartir proyectos interdisciplinares e interdepartamentales que favorezcan la realización de tareas en común. El trabajo en común no sólo es un factor de cohesión grupal, sino también de ilusión en tareas profesionales compartidas.

Por último, habría que favorecer la realización de encuentros informales, que permiten otras formas de conocimiento y entendimiento mutuo que no sean las puramente académicas, burocráticas o corporativas.

En resumen, a lo largo de estos pocos minutos, he tratado de ofrecer algunas claves psicológicas que pueden contribuir a la construcción de la convivencia escolar. No podemos esperar que las cosas cambien echando la culpa, como siempre, a los profesores. La solución eficaz tiene que venir de la acción concertada de todos ellos. Mis sugerencias han ido por esa vía, implicar a todos: profesores, alumnos, contenidos, contexto y claustro de profesores. Ahora bien, para conseguir esta convivencia, además de las palabras, hace falta autoridad moral. Y eso es algo que sólo se gana día a día. No es fácil decirle a un alumno que contribuya a la convivencia, sin pensar antes en la contribución que uno ha aportado o está dispuesto a aportar.

Referencias

Banathy, E. (1980). *Systems design in the context of human activity*. San Francisco: International Systems Institute.

Beltrán, J. A. Y Genovard, C. (1996). *Psicología de la Instrucción*. Madrid: Síntesis

Beltrán, J. A. Y otros (1999). *Convivir es vivir. Informe de Evaluación*. Madrid: Consejería de Educación.

Beltrán, J. A. Y otros (1999 b) *Estrategias para la solución de conflictos*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura

Beltrán, J. A. Y Pérez, L. F. (2000). *Educación para el siglo XXI*. Madrid: CCS

Fogarty, R. Y Perkins, D. Y Barell, J. (1992) *Teach for transfer*. Ill: Skylight

Gardner, H. (1995). *Inteligencias múltiples*. Barcelona: Paidós. Hargreaves, A. (1994). *Changing teachers, changing times. Teacher,s Work and culture in the postmodern age*. London: Carell

McCombs, B. L. Y Whisler, S. S. (1997). *The learner centered clasroom*

And school. S. Francisco: Josey-Bass.

- Perkins, D. (1992). *Smart Schools*. New York: The Free Press
- Rosenthal, R. y Jacobson, L. (1968). *Pygmalion in the classroom*. New York: Holt.
- Schön, D. (1983). *The reflective practitioner*. New York: Basic Books.
- Segovia, F. y Beltrán, J. A. (1998). *El Aula Inteligente*. Madrid: Espasa.
- Sternberg, R. J. (1996). Educational Psychology has fallen, but it can get up. *Educational Psychology Review*, 8, 175-185